

LA

NOVENA

CASA

LEIGH

BARDUGO

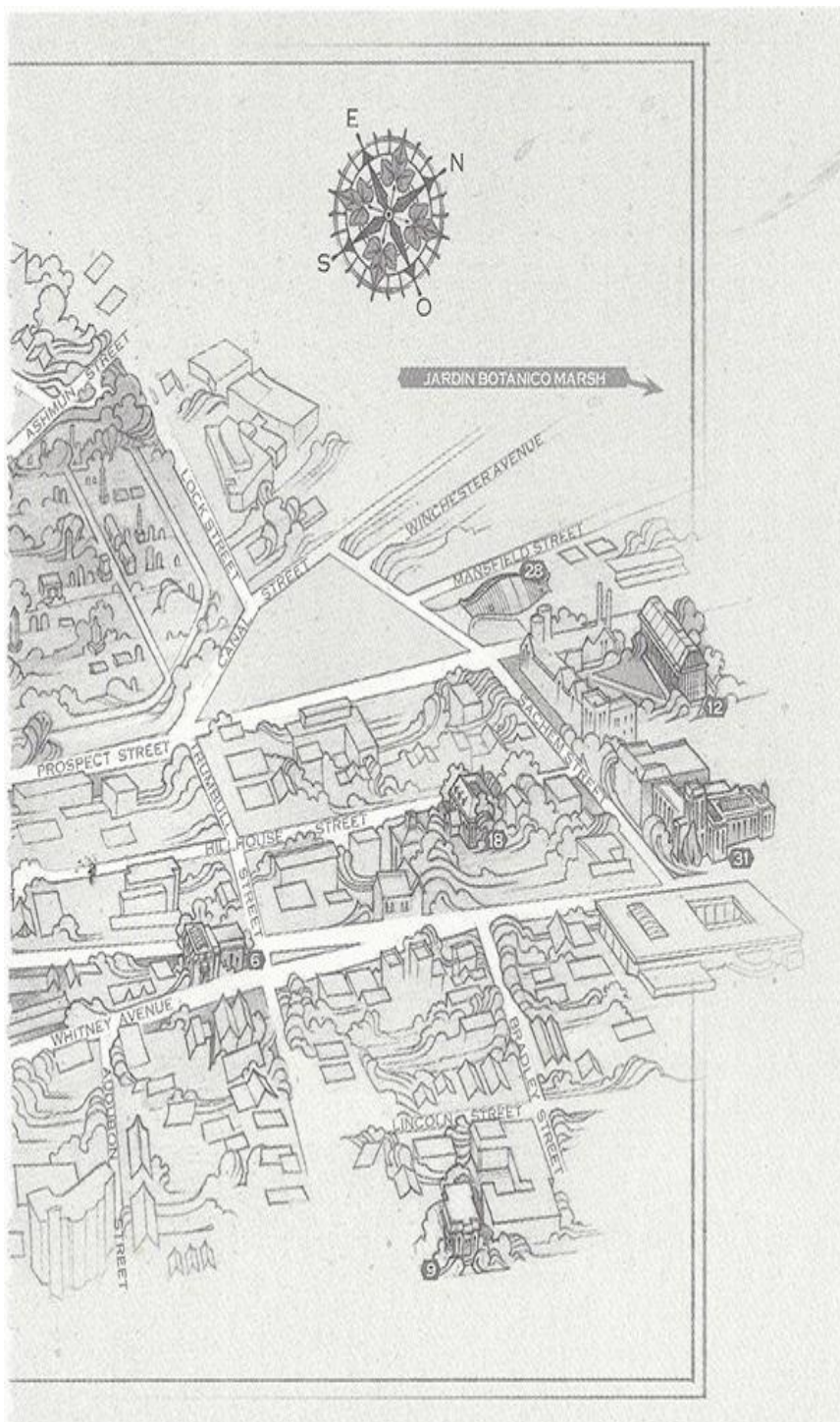


A sus veinte años, Galaxy «Alex» Stern es la única superviviente de un aterrador homicidio múltiple sin resolver. Toda su vida ha ido de mal en peor: dejó el instituto a edad temprana y, desde entonces, ha ido encadenando trabajos sin futuro y se ha rodeado de malas compañías. Pero, en la cama del hospital, le ofrecen una segunda oportunidad: asistir a una de las universidades más prestigiosas del mundo, Yale, con todos los gastos pagados. Aunque Alex no para de preguntarse por qué la han elegido a ella y si esconde algún tipo de trampa, la oferta es demasiado alentadora.

Al llegar a New Haven debe cumplir una tarea para sus benefactores: vigilar las actividades de las sociedades secretas de Yale. Sus ocho «tumbas» sin ventanas son el lugar de reunión favorito de los más ricos y poderosos, de los políticos más influyentes a los principales magnates de Wall Street. Pero sus actividades ocultas son mucho más siniestras y extraordinarias de lo que la más paranoica de las imaginaciones pudiera concebir. Juegan con magia prohibida. Son capaces de hacer que se alcen los muertos. Y, a veces, los vivos se convierten en sus presas.

Ay una moza y una moza que nonse espanta
 de la muerte
 porque tiene padre y madre y sus doge
 hermanos cazados.
Caza de tres tabacades y un cortijo enladriado.
En medio de aquel cortijo havia un mansanale
 que da mansanas de amores en vierno y en
 verano.
Adientro de aquel cortijo siete grutas hay
 fraguada.
En cada gruta y gruta ay echado cadenado...
 El Huerco que fue ligero se entró por el
 cadenado.

—*La moza y el Huerco, romance
 sefardí*



17 TORRE HARKNESS	26 FACULTAD DE DERECHO DE YALE
18 CASA DEL PRESIDENTE	27 BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO
19 LA DRAMAT	28 PISTA DE PATINAJE INGALLS
20 COLEGIO MAYOR JONATHAN EDWARDS	29 CLUB ELIHÚ
21 COLEGIO MAYOR GRACE HOPPER	30 CLUB ISABELINO
22 COLEGIO MAYOR DAVENPORT	31 MUSEO DE HISTORIA NATURAL PEABODY
23 GIMNASIO PAYNE WHITNEY	32 ESCENARIO DEL ASESINATO DE TARA
24 CEMENTERIO DE GROVE STREET	
25 BIBLIOTECA STERLING MEMORIAL	

Prólogo

Principios de primavera

Cuando Alex consiguió limpiar las manchas de sangre de su abrigo de lana bueno, ya hacía demasiado calor para ponérselo. La primavera había llegado a regañadientes; el cielo de la mañana no conseguía pasar de un azul desvaído, las tardes eran húmedas y melancólicas, y las carreteras seguían bordeadas por una suerte de sudo y tozudo merengue de escarcha. Sin embargo, a mediados de marzo, los estrechos campos delimitados por los senderos de piedra del Campus Viejo habían empezado a sudar la nieve que los cubría; la tierra emergía húmeda, negra y tachonada de briznas de hierba aplastada mientras Alex, sentada en el alféizar acolchado de la ventana, en las habitaciones escondidas en la planta superior del 268 de York, leía *Características recomendadas de los candidatos a Leteo*.

Se oía el tictac del reloj de la chimenea, y también las campanillas de la tienda de ropa de abajo cada vez que los clientes entraban o salían. Los miembros de Leteo llamaban a aquel apartamento «la Madriguera»; el local comercial de abajo había sido, a lo largo de los años, una zapatería, una tienda de montañismo y un minimercado Wawa veinticuatro horas, con Taco Bell incluido. Por aquel entonces, en los diarios de Leteo solo había quejas por el tufo a cebolla y frijoles refritos que se filtraba por el suelo, hasta que en 1995 alguien había hechizado la Madriguera y la escalera

trasera que daba al callejón para que siempre olieran a suavizante y a clavo.

Alex no sabía exactamente en qué momento de las difusas semanas transcurridas desde el incidente de la mansión de Orange había encontrado aquel folleto de recomendaciones de la Casa Leteo. Solo había comprobado su correo electrónico una vez, en el viejo ordenador de sobremesa de la Madriguera, y lo había vuelto a apagar nada más ver la larga cadena de mensajes del decano Sandow. Había dejado que se le agotara la batería del móvil, pasado olímpicamente de las clases y contemplado cómo iban brotando hojas en los nudos de las ramas, como si el árbol fuera una mujer probándose anillos. Se había zampado todo lo que había en las despensas y la nevera; primero los quesos *gourmet* y los sobres de salmón ahumado, y después las latas de judías y melocotón en almíbar de unas cajas que decían SOLO EMERGENCIAS. Cuando se le acabaron, empezó a pedir comida a domicilio como si no hubiera un mañana y lo cargó todo a la cuenta de Darlington, que seguía funcionando. El esfuerzo de bajar y subir las escaleras la agotaba tanto que tenía que descansar un rato antes de desgarrar el envoltorio del almuerzo o la cena. A veces ni se molestaba en comer y se quedaba dormida en el alféizar o directamente en el suelo, al lado de las bolsas de plástico y los recipientes envueltos en papel de aluminio. Nadie venía a verla. Ya no quedaba nadie.

El folleto estaba impreso y grapado de cualquier manera; en la portada había una foto en blanco y negro de la torre Harkness y la frase «Somos los pastores» debajo. Seguramente los fundadores de la Casa Leteo no estaban pensando en Johnny Cash al elegir su lema, pero cada vez que ella veía esas palabras se acordaba de las Navidades, del viejo colchón de la casa okupa de Len en Van Nuys, donde Alex se tumbaba cuando todo le daba vueltas, con un frasco de mermelada de arándanos a medio comer a su lado y la voz de Johnny Cash cantando *We are the shepherds, ive*

walked'cross the mountains. We left our flocks when the new star appeared^[1] Recordaba a Len dándose la vuelta sobre el colchón, deslizándole la mano bajo la camiseta y susurrándole al oído:

—Pues vaya mierda de pastores.

Los requisitos de los candidatos de la Casa Leteo aparecían al final del folleto. Se habían actualizado por última vez en 1962.

Rendimiento académico notable, con especial hincapié en Historia y Química.

Facilidad para los idiomas y nociones prácticas de latín y griego.

Buena salud e higiene. Se recomienda un régimen de ejercicio físico habitual.

Señales de una personalidad equilibrada y discreta.

Se desaconseja el interés por lo arcano, pues suele delatar un carácter asocial.

Pocos o ningún remilgo a la hora de afrontar las realidades del cuerpo humano.

MORS VINCIT OMNIA.

Alex (cuyas nociones de latín no eran precisamente prácticas) buscó el significado de la última frase: «La muerte lo conquista todo». En el margen, alguien había garabateado la palabra *irrumat* por encima de *vincit* con un boli azul, tapando el original casi por completo.

Bajo las recomendaciones de Leteo había una frase más: *Solo ha habido dos excepciones en los requisitos de los candidatos: Lowell Scott (Filología Inglesa, 1909) y Sinclair Bell Braverman (sin titulación, 1950), con resultados dispares.*

Allí también habían garabateado una nota al margen; en esta ocasión, la letra de Darlington (apretada y picuda como un electrocardiograma) era inconfundible: *Alex Stern*. Pensó en la sangre empapando y oscureciendo la alfombra

de la vieja mansión Anderson, en el vivo color blanco del fémur del decano asomándole por el muslo y en el tufo a chuchos salvajes impregnando el aire.

Alex dejó un lado el envoltorio de falafel frío de Mamoun's y se limpió las manos en su chándal de la Casa Le-teo. Fue cojeando hasta el cuarto de baño, abrió el frasco de Zolpidem y se puso una pastilla bajo la lengua. Ahuecó la mano bajo el grifo y contempló cómo el agua se derramaba sobre sus dedos mientras oía el desagradable ruido de succión del desagüe. *Solo ha habido dos excepciones en los requisitos de los candidatos.*

Por primera vez desde hacía semanas, Alex echó un vistazo a la chica del espejo mojado y observó cómo esa chica magullada se levantaba la camiseta de tirantes llena de manchas amarillas de pus. La herida del costado de Alex era un desgarrón profundo, cubierto por una costra negra. La curva visible de aquel mordisco no se curaría fácilmente, si es que se curaba. Su mapa había cambiado. Su costa había sido alterada. *Mors irrumat omnia.* La muerte nos jode a todos.

Alex palpó con cuidado la piel enrojecida e hinchada que rodeaba las marcas de dientes. Se le estaba infectando. Sintió cierta inquietud; su mente la empujaba hacia la autoconservación, pero la idea de coger el teléfono y llamar a un coche para ir al centro de salud de la universidad (la mera secuencia de reacciones que desencadenaría con cada acción) era abrumadora, y el dolor palpitante y cálido de su cuerpo prendiéndose fuego casi le hacía compañía. A lo mejor le entraba fiebre y empezaba a alucinar.

Contempló las costillas prominentes bajo los cardenales del torso, que se difuminaban poco a poco; sus venas azules parecían cables de alta tensión derribados por el viento. Tenía los labios agrietados, erizados de pellejos secos. Pensó en su nombre escrito en el margen del folleto: ella era la tercera excepción.

—Definitivamente, los resultados han sido dispares —dijo, sorprendiéndose al oír su propia voz ronca y seca. Se echó a reír, y el desagüe pareció reír con ella. Tal vez ya tuviera fiebre.

Bajo el resplandor fluorescente de las luces del cuarto de baño, Alex agarró los bordes del mordisco y se hundió los dedos en el costado, pellizcando la carne que rodeaba los puntos de sutura hasta que el dolor la cubrió como un manto, sumiéndola en la bendita inconsciencia.

Eso fue en primavera. Pero los problemas habían comenzado en pleno invierno, la noche en que Tara Hutchins murió y Alex todavía creía que podría salirse con la suya.

La Calavera y las Tibias, la más antigua de las sociedades inmuebles, la primera de las ocho Casas del Velo, se fundó en 1832. Los Calaveras ostentan más presidentes, editores, magnates industriales y altos funcionarios que ninguna otra sociedad (para consultar la lista completa de exalumnos, ver Apéndice C), y la elección del verbo «ostentar» no es baladí. Los Calaveras son conscientes de su influencia y esperan que los delegados de Leteo les muestren deferencia. Pero harían bien en recordar su propio lema: Ricos o pobres, la muerte nos iguala a todos. Haz gala de la discreción y la diplomacia propias de tu cargo y tu vínculo con Leteo, pero ten siempre presente que nuestro cometido no consiste en alimentar la vanidad de la flor y nata de Yale, sino en interponernos entre los vivos y los muertos.

—de *La vida de Leteo: métodos y protocolos de la Novena Casa*

Los Calaveras se consideran titanes entre gañanes; más quisieran. Pero lo importante es que sirven alcohol del bueno y que sus chicas son fetén.

—Diario de Leteo de George Petit (Colegio mayor Saybrook, 1956)

1

Invierno

Alex corría por la explanada diáfana de Beinecke Plaza; sus botas resonaban al pisar las losas cuadradas de cemento visto. La gigantesca construcción cúbica que albergaba la colección de libros raros parecía flotar sobre su propia planta inferior. De día, los paneles del edificio emitían un resplandor ambarino que le daba el aspecto de una columna dorada y bruñida, más semejante a un templo que a una biblioteca. Pero de noche parecía una tumba. Aquella zona del campus no terminaba de encajar con el resto de Yale: allí no había ni rastro de piedra gris, arcos góticos ni afloramientos rebeldes de edificios de ladrillo rojo. Darlington le había explicado que en realidad estos últimos no procedían de la época colonial, sino que solamente imitaban ese estilo arquitectónico. Le había explicado por qué Beinecke había sido construida de esa manera: la idea era encajar en aquel rincón de la arquitectura del campus y reflejar su estilo, pero a Alex le seguía pareciendo más propia de una película de ciencia ficción de los setenta. Casi era de esperar que los estudiantes vistieran monos ceñidos o túnicas demasiado cortas y se alimentaran exclusivamente de comida granulada y de una extraña bebida llamada el Extracto. Incluso la gran escultura de metal (que ahora ya sabía que era de Alexander Calder) le recordaba al negativo de una gigantesca lámpara de lava.

—Es una Calder —murmuró para sus adentros. Así hablaban todos en el campus al discutir sobre arte. Ninguna obra era «de» un artista. Esa escultura es una Calder. Ese cuadro es un Rothko. Esa casa es una Neutra.

Y Alex era un desastre. La noche había empezado cargada de buenas intenciones: quería avanzar en su trabajo sobre la novela británica moderna y salir con tiempo de sobra para llegar a la pronosticación. Pero se había quedado sobada en una de las salas de lectura de la biblioteca Sterling, con un ejemplar de *Nostromo* balanceándose en su mano y los pies apoyados en el tubo de la calefacción. A las diez y media se había despertado con un sobresalto y la mejilla babeada. Su grito («¡Mierda!») había resonado como un escopetazo en la silenciosa biblioteca, y Alex había escondido la cara tras la bufanda mientras se colgaba la bolsa del hombro y emprendía la retirada.

Atajó por el Comunal, pasando por debajo de la rotonda en la que estaban grabados en mármol los nombres de los caídos en guerra, bajo la mirada de las estatuas de piedra que montaban guardia (Paz, Devoción, Memoria y finalmente Coraje, que llevaba encima un casco, un escudo y poco más; siempre le había recordado más a una *stripper* que a una plañidera). Bajó los escalones a toda prisa y atravesó la intersección de College y Grove.

El campus tenía la costumbre de cambiar de rostro de hora en hora y de manzana en manzana. Alex siempre tenía la impresión de que lo veía por primera vez. Esta noche era un sonámbulo de respiración profunda y regular. La gente con la que se cruzaba de camino a SSS parecía inmersa en un sueño: ojos caídos, rostros vueltos entre sí y vasos de café humeante en las manos enguantadas. Alex tenía la inquietante sensación de que estaban soñando con ella, con una chica de abrigo oscuro que desaparecería en cuanto despertaran.

El Sheffield-Sterling-Strathcona Hall también dormitaba; las aulas estaban cerradas a cal y canto y los pasillos baña-

dos por el resplandor mortecino de las luces de bajo consumo. Alex subió a la segunda planta por las escaleras y oyó ecos procedentes de una de las salas de conferencias. El Yale Social organizaba un cinefórum los jueves por la noche. Mercy había pegado el horario en la puerta de su habitación de la resi, pero Alex no se había molestado en mirarlo. Tenía los jueves a tope.

Tripp Helmuth estaba recostado contra la pared, al lado de las puertas de la sala de conferencias. Saludó a Alex con la cabeza, adormilado. Incluso bajo aquella luz tenue era evidente que tenía los ojos enrojecidos. Había estado fumando antes de venir. Tal vez por eso los Calaveras veteranos le habían endosado el turno de vigilancia. O se había presentado voluntario.

—Llegas tarde —le dijo—. Ya han empezado.

Alex lo ignoró y echó un vistazo hacia atrás para asegurarse de que el pasillo estuviera despejado. No tenía por qué darle explicaciones a Tripp Helmuth. Además, habría sido una muestra de debilidad. Hundió el pulgar en una muesca casi invisible del panel de la pared. La idea era deslizarlo lateralmente, pero siempre se atascaba. Alex le dio un fuerte empujón con el hombro y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando se abrió de golpe.

—Cuidado, fiera —le dijo Tripp.

Alex cerró la puerta tras de sí y avanzó por el estrecho pasadizo a oscuras.

Por desgracia, Tripp tenía razón. La pronosticación ya había empezado. Alex entró en el viejo anfiteatro de operaciones procurando hacer el menor ruido posible.

Se trataba de una estancia sin ventanas, encajada entre la sala de conferencias y un aula que usaban los estudiantes de posgrado para las clases de debate. Era una antigualla de la vieja escuela de Medicina, que solía impartir sus clases en SSS antes de trasladarse a un edificio propio. Los gestores del trust que financiaba a La Calavera y las Tibias habían sellado la entrada de la sala y la habían camuflado

con una pared falsa alrededor de 1932. Todos esos datos los había aprendido en *El legado de Leteo*, en lugar de leer *Nostromo*, que era lo que debería haber hecho.

Nadie se molestó en mirar a Alex. Todos tenían los ojos clavados en el Arúspice, cuyo rostro delgado estaba oculto tras una mascarilla quirúrgica. Su bata de color azul claro estaba manchada de sangre. Las manos del Arúspice, protegidas con guantes de látex, se movían metódicamente entre las entrañas del... ¿paciente? ¿Sujeto? ¿Sacrificio? Alex no estaba segura de qué término aplicar al hombre que yacía sobre la mesa. «Sacrificio» no. La idea es que sobreviva. Parte de su trabajo consistía en asegurarse de que no le pasara nada durante aquel proceso y de que regresara sano y salvo al pabellón del hospital del que lo habían sacado. *¿Y cómo estará dentro de un año?*, se preguntó. *¿Y dentro de cinco?*

Alex miró de reojo al hombre de la mesa: Michael Reyes. Había leído su informe hacía dos semanas, cuando lo habían elegido para el ritual. Las paredes del estómago estaban sujetas con pinzas de acero, de tal manera que su abdomen parecía una flor, una orquídea rosada y abierta, con el centro rojo y húmedo. *Eso tiene que dejar marca*. Pero Alex ya tenía bastante con preocuparse por su propio futuro. Reyes tendría que arreglárselas.

Desvió la mirada y procuró respirar por la nariz; notaba que se le revolvía el estómago y que la boca le sabía a metal. Había visto muchas heridas y lesiones graves, pero siempre en muertos. Las heridas de los vivos eran muchísimo peores: un cuerpo humano adherido a la vida únicamente por el pitido metálico y regular de un monitor. Llevaba en el bolsillo unos caramelos de jengibre confitado para las náuseas (consejo de Darlington), pero no se decidía a sacar uno y desenvolverlo.

En vez de eso, volvió los ojos hacia un punto intermedio, mientras el Arúspice pronunciaba una serie de números y letras: símbolos y precios de acciones de diversas em-